

La Joaquina de Cagalera

Cierra al morir un largo período de vida entrañable de la calle Ancha. Antes que ella había desaparecido su propia casa, la de su padre, forjada un día, nada más que forjada, con muchas aspiraciones, propias de ese período de la vida en que la familia se cria y se espera con su ayuda conquistar el mundo.

En las herencias inexorables, la Joaquina no tenía de Cagalera más que el mote, era puritica a su madre y estoy seguro, sin haberla visto en muchísimos años, que estaría hecha una pasa, como lo estuvo la Antonia, aunque siempre fue seca y poco estirada, pero le pasó como a su madre, que se casó con un gordo, que por serlo le decían desde chico el Gordito, mote que debió ser puesto por su misma familia porque el hablar en diminutivo no es alcazareño y sí propio de Lillo, El Romeral y esa zona. Y por algo los Lilleros tendrían que distinguirlo de ese modo de la gordura general de la tía Lillera y su descendencia. Tenía prominente y rollizo hasta el tabique de la nariz que se le desviaba a la izquierda y le abultaba la boca de labios cortos de respirador bucal.

Como todos los gordos, Miguel era expansivo, eufórico y ostentoso, compartiendo con su hermano Francisco, los dos más pequeños, cierta tantasmagoría mental que les hacía parecer intrépidos y Miguel comprometía y obsequiaba a los que sabían o, por mejor decir, creíamos saber tocar, para ir a darle serenata a la Joaquina, cosa de bastante atrevimiento entonces que las familias no toleraban aproximaciones de los novios, pero que alegraban la calle y estimulaban el comentario.

Miguel murió joven (1), como la mayoría de los gordos que tienen una vida floreciente pero corta y la Joaquina se quedó en tal estado, inalterable en su tendencia a la consunción, imperceptible aunque continua, hasta que la vida se extingue sin apercibirse nadie. Ya en vida son organismos muy silenciosos en todas sus funciones y se acaban como el candil que se va amorugando hasta que se seca y deja de lucir sin notarse.

Se recuerda el noviazgo de la Joaquina por lo ruidoso del novio y porque viviendo en la misma calle siempre estaba que voy que vengo y por cierta conformidad del padre con la escandalera, pero a ver qué iba a hacer Pedro.

Son contadas las personas de la calle que pueden acompañarme en el recuerdo y deleitarse rememorándolo: la Isabelilla la Lillera, la Felipilla de Carabina y la Aurelia Maderuelo, chiquejas de mi tiempo con cuya amistad me honro y estoy seguro que me acompañarán gustosas en este duelo de la Joaquina, última vela de las apagadas en esta calle principal que viene estando en tinieblas desde entonces, sin el bullicio y la alegría que le daban la abundante y callejera chiquillería de la vecindad.

No se esperaría ella este responso, pero el sino nos persigue hasta

(1) El Gordito murió a los 29 años. Estando vendiendo sangre y tocino por los pueblos vecinos, con su romanilla al hombro, le dió una cosa a la cabeza y no lo contó. La gente decía que se le habían juntado las mantecas,